



HOJA INFORMATIVA SOBRE LA
VIDA Y FAMA DE SANTIDAD DEL
SIERVO DE DIOS

ISIDORO ZORZANO

DEL OPUS DEI, INGENIERO INDUSTRIAL

NÚM. 15

MADRID, AGOSTO 1952

Isidoro Zorzano vivió en medio del mundo y se santificó en el mundo. En su vida apenas hay hechos extraordinarios; lo extraordinario consistió precisamente, en buscar con heroísmo la perfección en el trabajo ordinario y en los detalles corrientes de cada día.

En esta HOJA, que se publica periódicamente, se dan a conocer diversos aspectos de la vida del Siervo de Dios y algunos de los favores obtenidos por su intercesión.

ORACION PARA LA DEVOCION PRIVADA

Oh Dios, que llenaste a tu Siervo Isidoro de tantos tesoros de gracia en el ejercicio de sus deberes profesionales en medio del mundo; haz que yo sepa también santificar mi trabajo ordinario y ser apóstol de mis amigos y compañeros: dignate glorificar a tu Siervo y concédeme por su intercesión el favor que te pido. (Pídale) Así sea. Pater, Ave María, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público y que, en la interpretación de los favores y de la santidad del Siervo de Dios, en nada se pretende prevenir el juicio de la Santa Iglesia.

EL AMOR DE ISIDORO HACIA TODOS

Cuando el Señor se despidió de sus discípulos poco antes de su muerte en aquella última cena de familia, sus palabras se centran con obsesión sobre un solo tema: el del amor. «Un mandato nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado». Y nadie ama más que el que da la vida por sus amigos. La vida, que puede darse poco a poco, cada día, sin que nadie lo note, pero volcando hacia los demás hombres todo el amor que late en el corazón.

Isidoro estaba enamorado de Jesucristo. Este amor le llevó a entregarse por completo en el Opus Dei, quemando las naves desde el primer momento. Seguro en su camino, y dentro de la ascética de la Obra, su corazón alegre se agrandaba cada vez más como buen discípulo del Maestro y en él cabían ya todos los hombres sin distinción, porque el trato con Jesús lleva inseparable esa ansia de almas—el «sitio» de la cruz—que hace parecer pequeña la mayor heroicidad humanamente considerada. El amor de Dios desemboca necesariamente en el amor de los hombres. «Si no tuvieses caridad, nada vales» (S. Pablo). «Si no amáis a los hombres a quienes veis, cómo vais a amar a Dios a quien no veis» (S. Juan).

El mandato del Señor sigue siendo nuevo, a pesar de los veinte siglos transcurridos. Los pequeños egoísmos entretejen la vida cotidiana. Por eso, cuando un hombre se decide a vivirlo, y lo vive, sorprende y admira sin que pueda ocultarse. La caridad de Isidoro fué heroica en circunstancias extraordinarias y particularmente difíciles. Delicada y fina con los pobres, con los obreros, con los alumnos. Admirablemente heroica en la naturalidad con que se olvidaba de sí mismo, para estar pendiente de las necesidades de los demás. Esta caridad alcanzó un grado supremo cuando, en su lecho de muerte, enseñaba a sufrir, a orar y a ofrecer por el bien de todas las almas y muy en especial por la Obra y por sus hermanos, haciendo de sus dolores un apostolado de caridad, abnegación y sacrificio. Alguien que le conoció ha dicho a propósito del Siervo de Dios estas palabras: «Era todo corazón.» Y este corazón, que ardía en amor de Dios, le llevaba a entregarse del todo a sus prójimos.

Cierta persona refiere que un domingo llevó el Siervo de Dios a su domicilio a varios ancianos pobres, a los que solía atender, «les besó los pies y se los lavó, y, observando que uno de ellos estaba enfermo con tña, todas

las tardes, a partir de aquel día, lo lavaba y curaba, consiguiendo su curación en una semana. El enfermo manifestó que llevaba treinta años sin encontrar medio de curarse ni médico que pudiera conseguirlo. Aquello fué extraordinario en el barrio obrero, donde llegaron a llamarle el padre de los pobres».

Y con los alumnos. Alguno conserva todavía notas tomadas en la clase de matemáticas que explicaba el Siervo de Dios y que éste corrigió personalmente. «Se dió el caso—recuerdan—de citarnos en su domicilio particular para que con más tranquilidad expusiéramos nuestras dudas, sin reparar en hora ni tiempo, y sin contar en él cansancio ni disgusto. Por el contrario, nos despedía siempre con su sonrisa característica.»

Toda su vida en Málaga, en Madrid, en el lecho de muerte, fué un continuo darse a Dios por entero en los hombres que le rodeaban.

FAVORES OBTENIDOS POR SU INTERCESION

ASUNTOS DIFICILES

A. B., desde Murcia, nos escribe diciendo que, por equivocación del cartero, llegó a su casa un número de la HOJA INFORMATIVA hasta entonces desconocida por ella. Por aquellos días precisamente tenía planteados dos graves problemas de carácter familiar, y aprovechando la ocasión, se los encomendó bajo plazo al Siervo de Dios, que se los resolvió mucho antes de lo que ella había pensado.

A. R., de Madrid, escribe: He obtenido muchos favores por intercesión de Isidoro, y resumo tres que creo destacados. Mi familia seguía un pleito que no había traído hasta entonces más que enemistad entre las dos familias litigantes y los demás trastornos y molestias consiguientes. Cuando el asunto estaba en su punto crítico cayó en mis manos, por casualidad, una HOJA de Isidoro y le encomendé el asunto. En la primera actuación éste terminó por transacción, recuperando lo que estimábamos nuestro y reanudándose la amistad con el vecino y contrario.

«En febrero del año pasado, con ocasión de una enfermedad de mi padre, logré su curación al pedir la intercesión del Siervo de Dios.»

«Teniendo un interés sentimental, pero bastante pronunciado, en adquirir determinada casa en un pueblo de Logroño, cuando me enteré que la misma estaba en venta, encomendé el asunto al Siervo de Dios. Eramos cuatro los compradores, y a pesar de que alguno de ellos ofreció bastante más que yo, al fin yo fui quien se quedó con ella.»

E. F. F. ocupaba un cargo importante en un organismo oficial, y con ocasión de un robo producido en circunstancias muy raras, quiso la desgracia que cierto jefe de policía hiciese recaer sobre él la sospecha de haberlo cometido, originándose inmediatamente el cese en el cargo y la injusticia de aparecer ante todo el pueblo como posible autor. La situación personal y familiar derivada de este desagradable asunto constituyó una auténtica tragedia durante un mes. «Al fin, y de manera sencillísima, tanto que sólo cabe explicarla por la intercesión de Isidoro a quien había encomendado la cosa, los agentes de policía de Madrid llegados para esclarecer los hechos, hallaron al autor del robo,

quien, convicto y confesó, fué detenido. Seguidamente se produjo la total rehabilitación de mi honorabilidad, recobrando para mí y para toda mi familia el prestigio anterior.»

S. A., de Madrid, nos dice: «He tenido a mi cargo el proyecto y dirección de los principales trabajos de una importante instalación industrial. Debido a causas muy diversas, entre las que posiblemente hay que incluir mi inexperiencia, temí en los últimos tiempos algún fracaso que pudiese malograr el esfuerzo de muchos años, por lo que rogué insistentemente una protección especial de la Divina Providencia por mediación de Isidoro, con objeto de que la puesta en marcha de dicha instalación se realizara con toda normalidad. Sobre todo, teniendo en cuenta que, por circunstancias ajenas a mi voluntad, su inauguración debía efectuarse casi a fecha fija, y a pesar de las numerosas dificultades todo sucedió mucho mejor de lo que yo podía pensar. Creo, por lo tanto, que la intercesión de Isidoro en este difícil asunto profesional, que me ha preocupado durante varios años y que finalmente llegó a agobiarme en los últimos meses, ha sido decisiva.»

M. C. es un ingeniero joven todavía y con mucha devoción hacia el Siervo de Dios. Recién acabada su carrera, y casado ya, comenzó a trabajar en una Empresa. En unos trabajos que le encomendaron, y cuando ya había entregado el proyecto y los criterios de trabajo, se dió cuenta que había cometido en ellos algunos errores de cálculo, y aunque pudo subsanar algunos, otros le fué imposible. Con la consiguiente depresión esperó el fallo en el material. Encomendó todo a Isidoro y pasó un año—el plazo de garantía—sin que el fallo se produjera ni hubiese reclamación alguna.

De una carta de E. B. desde Bilbao: «Encontrándome a principios de mes con un gravísimo problema al cual no sabía cómo hacer frente, pues, entre otras razones, para solucionarlo precisaba hacer un viaje a Madrid, cosa que era de todo punto imposible, ya que in-

LIMOSNAS

PARA EL PROCESO

Agradecemos las limosnas que para los gastos del Proceso de Beatificación nos han enviado.

M. L. M. de M., de Santander, 500 pesetas; J. G., de Valladolid, 100; M. del C. T. de Segovia, 150; Un compañero, de Madrid, 500; M. S. de L., de Córdoba, 300; X. X., de Madrid, 100; R. E., de Gijón, 200; A. de Nador, 79; A. G., de Castellón, 80; X. X., de Santiago de Compostela, 100; X. X., de Madrid, 500; J. A. C., de Tetuán, 100; B. F., de Valencia, 100; X. X., de Bilbao, 500; A. D. de A., de San Sebastián, 175; J. G., de Sevilla, 100; M. P. R., de Sallamida, 200; F. O., de Madrid, 100; L. P., de Jerez de la Frontera, 60; A. R., de Tolosa, 100; M. de V., de Córdoba, 250; J. R. N., de Medina del Campo, 100; X. X., de Oliva, 1.000; Sres. de S. R., de Madrid, 1.000; J. L. del V., de Madrid, 1.000; M. L. L., de Santander, 100; X. X., de Madrid, 1.000; X. X., de Córdoba, 100; I. G. R., de Burgos, 150; P. G., de Bilbao, 200; R. M., de Madrid, 300; G. Ll., de Madrid, 1.000; J. M. O. N., de Madrid, 400; Familia Sres. M., de Segovia, 100; R. V., de Valencia, 100; M. A. P., de Gerona, 100; X. X., de Madrid, 1.000; A. A., de Barcelona, 100; R. V., de Córdoba, 300; X. X., de Zaragoza, 100; N. V., de Béjar, 200; J. A., de Zaragoza, 200; P. R. C. «N. S. M.», de Palma de Mallorca, 100; M. F., de Zaragoza, 500; T. M., de Quintanar de la Orden, 125; D. de M.-D., de Barcelona, 75; X. X., de Valencia, 500; X. X., de Granada, 250; J. R. A., de Cádiz, 100; S. F. V., de Madrid, 130; J. B. H., de Las Palmas de Gran Canaria, 200; X. X., de Sevilla, 250; M. A., de Alcalá de Henares, 110; R. C. F., de Rosas, 100; E. del C., Tarragona, 100; X. X., de Palma de Mallorca, 1050; P. P., de Barcelona, 100; A. F., de Málaga, 200.

NOTA.-Dada la escasez del espacio con que contamos para reseñar las limosnas recibidas nos es imposible publicarlas todas.

cluso en ese momento carecía de efectivo metálico; me dirigí a Isidoro. El día 8 habían tenido lugar las decisiones que tanto me perjudicaban y preocupaban, hasta el día 10 yo no había tenido conocimiento de las mismas. Me encomendé inmediatamente a Isidoro y tres días después pude solucionar mi viaje a Madrid para el 15. Llegué sin contratiempo a Ayila, a pesar de haber tenido lugar un accidente ferroviario. El panorama se presentaba francamente desolador para la resolución favorable de mis asuntos y las personas que lo conocían, e incluso las que estaban interesadas en él mismo, me dijeron que todo era inútil; sin embargo, el día siguiente de mi llegada ya había podido

CON CENSURA ECLESIASTICA

UN DETALLE

Isidoro se dolía amargamente de las ofensas hechas al Señor, a la Virgen, a la Iglesia y al Santo Padre. Hacía frecuentes actos de desagravio. Un amigo, que convivió con él en Madrid durante los años anteriores a su enfermedad, dice: «No recuerdo haber pasado con él una sola vez a pie o en las plataformas de los tranvías abarrotados de gente, por delante de una Embajada extranjera en la que había una capilla protestante, que no me recordara la conveniencia de rezar una jaculatoria o Avemaría en desagravio de aquel sitio en el que se despreciaban las prerrogativas de la Virgen.»

ver una pequeña solución y hoy creo que está perfectamente arreglado y en una situación que me permite esperar que todo se haya resuelto según mis deseos, y no pudiéndolo atribuir, dado el estado en que se encontraba el asunto, a otra intercesión que la de Isidoro, se lo comunico para que se publique esta gracia obtenida.»

De Manila (Filipinas) escribe M. R.: «Hace cosa de un año tuve que hacer unas gestiones difíciles con las autoridades locales, que eran esenciales para la buena marcha y futuro de la Compañía y negocio en que estoy empleado, y cuando salía de nuestra oficina preocupado por lo difícil del asunto, me acordé de mi compañero de carrera Isidoro Zorzano y le pedí con fe para que intercediese en el éxito de mi gestión. Este fué completo, consiguiendo de las autoridades todo cuanto solicité. Prometí entonces, si tenía éxito, escribir una carta, y hoy lo hago.»

Además, en general, siempre que en asuntos de la Compañía tengo problemas difíciles le pido a Isidoro su protección, y no me cabe duda de que su ayuda es siempre eficaz. Bromeando, pero convencido, muchas veces les he dicho a mis amigos que este negocio que llevo no puede por menos de ir bien, pues se lo tengo encomendado a un compañero mío, Isidoro, con mucha más influencia y conocimiento que cualquiera de nosotros.»

M. S. de L., de Córdoba, encomendó a Isidoro que le destinasen a esa capital, pues tenía mucho interés en ello. A los trece días recibió su destino tal como deseaba.

CURACIONES

A. C. (Valencia): «Durante largos años he tenido a mi único hijo aquejado de una enfermedad mental incurable a juicio de todos los médicos que le visitaron—y no fueron pocos—. Últimamente nos aconsejaban una intervención quirúrgica delicadísima que encerraba no sólo el riesgo de morir en ella, sino el de quedar peor que antes. En mi desesperación de no saber qué hacer me acogí a la protección de Isidoro y me asaltó la idea de operar.»

Efectivamente, le operaron—hace ahora dos años—y durante ese tiempo hemos observado paulatinamente la vuelta a la normalidad de mi hijo.»

En San Sebastián, E. S. tenía a su única hija con una tosferina muy fuerte, tanto que se ponía morada cuando le daba la tos. Ofreció una novena a Isidoro, y nada más terminarla se le quitaron los accesos fuertes y desde entonces apenas tose.

J. M. T., estudiante de Barcelona, había contraído una fiebre paratifoidea que le tuvo tres meses enfermo. Después de haber recaído y de estar según los facultativos en el momento final del proceso, pudo apreciar síntomas más alarmantes que nunca. El tiempo pasaba y él estaba a punto de perder curso. Las cosas llevaban toda la apariencia de complicarse en lugar de resolverse como debería haber sido. Incluso se hablaba de posibles consecuencias pulmonares.

En este estado, y conociendo la ayuda que era Isidoro para los que le encomendaban sus cosas, le encomendó la enfermedad y no sólo se repuso inmediatamente, sino que desde entonces no ha vuelto a estar enfermo y pudo acabar tranquilamente el curso.

F. G. de V., antiguo amigo de Isidoro, establecido en Madrid, en vísperas de un viaje con toda la familia ya tenía sacados los billetes y era un gran trastorno tener que devolverlos y retrasar el viaje. Tenía un hijo con anginas y la fiebre a las seis y media de la tarde del día anterior a la marcha era de 38,50. Pedí a Isidoro que intercediese para que al día siguiente pudiésemos salir y, en efecto, al levantarse no tenía ni una décima de fiebre y el viaje lo hizo como si no hubiera estado malo.

Desde Badajoz, D. O. nos ruega publicáremos: «En acción de gracias por favores recibidos, en especial, por la salud de mi hija enferma desde hace cuatro años y completamente bien desde hace dos, envió una limosna como he ofrecido.»

J. S. de H., de Barcelona, tenía a un hijo de catorce años muy grave a causa de una nefritis aguda con complicaciones posteriores y frecuentes ataques. Según el Doctor de cabecera el chico se moriría, caso de no responder el tratamiento. Una señora amiga le habló de Isidoro y le proporcionó una reliquia, que ella colocó bajo la almohada de su hijo. Desde entonces ya no sufrió más ataques y la mejora fué progresando hasta que a los tres meses pudo levantarse.

De Valencia, escribe C. C.: «Mi hijito tuvo sarampión, de cuya enfermedad sanó, pero le quedó una abundante supuración de oídos, que, no obstante haberle aplicado cuantos medicamentos fueron precisos y estar sometido a constante vigilancia facultativa, no le desaparecía. Transcurridos unos meses y viéndole sufrir a consecuencia del dolor que padecía, decidimos mi esposa y yo pedirselo a Isidoro. Lo hicimos así aquella misma noche y al día siguiente

te por la mañana tenía los oídos completamente limpios de pus y estaba contento y sin fiebre. A los pocos días se le volvió a repetir; nuevamente rezamos a Isidoro y se curó por completo.

El verano pasado tuvimos otra vez al niño enfermo. Tenía fiebre baja, inapetencia y se quejaba continuamente. El médico le sometió a tratamiento durante dos semanas sin averiguar la enfermedad. Llegó a decirnos que no lograba encontrar la causa. El día que nos comunicó esto pedimos a Isidoro que curase a nuestro hijo. Aquella noche se le cubrió el cuerpo de ampollas y, gracias a ello, el facultativo pudo diagnosticar una intoxicación que se le curó en tres días.»

EXAMENES

M. G., de Vigo, en días de exámenes leyó una HOJA INFORMATIVA y decidió pedir ayuda a Isidoro. «Ha sido—dice—el mejor examen de mi vida; he sacado unas notas estupendas y estoy segura de que la intercesión de Isidoro fué de una influencia suprema, pues jamás había esperado yo el éxito obtenido.» Y sigue: «Una de mis amigas se hallaba en una situación algo difícil y le dije que pidiese ayuda a Isidoro. El resultado no pudo ser mejor.»

C. B., de Valencia: «Mi hijo, estudiante en la Escuela de Peritos Industriales, no aprobó ningún examen parcial, y, por consiguiente, ninguna asignatura en los finales, el año pasado. A principios del curso siguiente cayó en mis manos una HOJA INFORMATIVA y se lo encomendé. Todo cuanto le pedí me lo consiguió.»

Desde Tetuán, J. A. C., escribe: «Terminada la carrera de Abogado, venía intentando desde hace diez años aprobar una oposición que me permitiese un decoroso porvenir, sin que mis esfuerzos en dicho sentido se viesen coronados por el éxito. Así las cosas, providencialmente tuve conocimiento de la HOJA INFORMATIVA de Isidoro y de las dificultades resueltas por su intercesión. A partir de entonces le encomendé la solución de mis problemas, según mejor conviniese, y, entre ellos, el de la feliz terminación de mis estudios. Gracias a esto, he conseguido recientemente lo que

Quienes quieran contribuir con sus limosnas a la edición de esta HOJA o a los gastos del Proceso, pueden dirigirse al Reverendo Vicepostulador de la Causa, Diego de León, 14, Madrid.

Los donativos pueden también enviarse por giro postal a la dirección arriba indicada, o bien ingresarse en cualquier Banco para su abono en la cuenta corriente abierta en la Central del Banco de Vizcaya, en Madrid, con el título «Causa de Beatificación del Siervo de Dios Isidoro Zorzano Ledesma, del Opus Dei, Ingeniero de la RENFE».

Las personas que deseen extender la devoción privada de Isidoro, pueden también enviar limosnas para imprimir más estampas o enviar sus señas para que se le remitan:

40 estampas 10 ptas.

antes, y por mis solos medios, parecía imposible: triunfar en difícilísima oposición, que llena cumplidamente mis aspiraciones y despeja de modo satisfactorio mi porvenir.»

A. H. M. (Segovia), escribe: «Tenía un examen del que dependía un año más de carrera, con el consiguiente trastorno por mi estado de salud y económico. Durante varios meses estuve pidiendo a Isidoro. Y en el examen ocurrió esto: Me hicieron una pregunta fundamental, la contesté como creía que era, pero no era así. Si no acertaba me suspendían en el acto. Llevaba en mi cartera, en el bolsillo de la chaqueta, la estampa de Isidoro y la apreté contra mí. A pesar de que me apremiaban yo no pensaba en la pregunta, sino que rezaba. Tenía la confianza enorme de que no me bajaba del estrado suspendido. De pronto volví a pensar en la pregunta y vi una solución, la expuse con la entereza que me daba la confianza y era esa. Aprobé.»

A. H., de Soria, escribe diciendo que recibió una eficaz ayuda de Isidoro en momentos críticos de exámenes. También J. F., de Madrid, ruega la publicación de la siguiente nota: «Aprobé el examen gracias a la intervención del Siervo de Dios Isidoro.»

DIFICULTADES ECONOMICAS

C. C. de D. (Valencia): «Encontrándome en apurada situación económica, decidí buscar un trabajo fijo que me ayudase a solventar esta situación y conseguí una colocación en calidad de interino. Más tarde pedí a Isidoro que convocasen oposiciones para adjudicar las plazas en plantilla y en diciembre del mismo año salió la convocatoria. Entonces le pedí que los exámenes se hiciesen pronto y efectivamente se convocaron dos meses después. Encomendé mis ejercicios y logré aprobar. Entonces le hice la petición de que antes de San José se supiesen los resultados—todavía desconocía mi aprobado—y también me lo concedió. Hay que tener en cuenta

DE LA VIDA DE ISIDORO

Isidoro Zorzano Ledesma nació en Buenos Aires, de padres españoles, el 13 de septiembre de 1902. Cursó sus estudios de segunda enseñanza en España, en el Colegio de los Hermanos Maristas de Logroño. En la Escuela Especial de Ingenieros Industriales de Madrid obtuvo el título en 1927.

Después de una breve estancia en la factoría de Matagorda (Cádiz), de la «Sociedad Española de Construcciones Navales», pasó a Málaga el año 1928, ingresando en la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces. Durante su estancia en Málaga fué profesor de la Escuela Industrial de aquella ciudad.

Desempeñó su trabajo profesional siempre con la máxima dignidad y competencia. Aparte de las materias exclusivamente técnicas, mostró gran afición por las cuestiones sociales y de organización del trabajo. Cumplía sus obligaciones con una exactitud perfecta. Por sus virtudes y por su valía y conocimiento profesional, gozaba de gran prestigio entre sus compañeros y subordinados. Dicen de él que era un verdadero padre para éstos y al mismo tiempo un jefe magnífico. Desempeñó su labor con gran capacitación, captándose las simpatías de sus jefes y del personal obrero, que le respetaba y le consideraba con verdadero afecto. Este dato es muy significativo en una época y en un ambiente de luchas sociales enconadas.

Hizo todo el bien que estaba a su alcance, a todos, sin distinción de clases, ideas ni categorías; y su caridad fué heroica en circunstancias extraordinarias o particularmente difíciles; caridad delicada y fina con los pobres, con los obreros, con sus alumnos. Admirablemente heroica en la naturalidad con que se olvidaba de sí mismo para estar pendiente de las necesidades espirituales y materiales de los demás, hasta llegar en su lecho de muerte a ofrecer sus dolores por el bien de todas las almas, coronando así un apostolado de caridad.

que en todas las anteriores convocatorias se ha tardado cerca de un año en efectuarse los exámenes y bastante más de un año hasta que se hicieron públicos los resultados. En marzo del año pasado tomé la plantilla y, tal como se lo había pedido a Isidoro, he conseguido el afecto de todos y me encuentro habilitado para un cargo administrativo de superior categoría a la que tengo ahora.»

J. G. de Puente la Reina (Valladolid), nos dice que en un asunto de dinero sin esperanzas de cobrarlo, recurrió a Isidoro y todo salió como ella nunca había esperado.

De Badajoz escribe V. dando cuenta de la magnífica solución de un problema económico de un familiar suyo gracias a la intervención del Siervo de Dios que él había pedido.

GRACIAS ESPIRITUALES

De China nos escribe un misionero: «Me hallaba de tal modo angustiado en la Misión por injurias y amenazas de los que me rodeaban, que estaba dispuesto a abandonarla, como único remedio a mis sufrimientos. Me encomendé al Siervo de Dios, Isidoro, pidiéndole luz. Después del Rosario que a este fin recé, añadí un Padrenuestro, Ave María y Gloria a Isidoro. Al concluirlo de rezar quedé completamente tranquilo y con ánimos para permanecer allí.»

A. M. de Melilla dice que, gracias a la intervención de Isidoro han vuelto a las prácticas religiosas dos personas de su familia, una de las cuales hacía treinta y cuatro años que ni confesaba ni comulgaba.

Remite:

Rvdo. VICEPOSTULADOR DE LA CAUSA DE BEATIFICACION DE ISIDORO

Diego de León, 14. MADRID

ROGAMOS A NUESTROS LECTORES QUE NOS ENVIEN RELACIONES CON NOMBRES Y SEÑAS DE LAS PERSONAS A QUIENES PUEDA INTERESAR RECIBIR ESTA HOJA